



NOVENA CUMBRE DE LAS AMÉRICAS
8 al 10 de junio de 2022
Los Ángeles, Estados Unidos de América

OEA/Ser.E
CA-IX/INF.8/22
16 junio 2022
Original: inglés

SESIÓN PLENARIA DE LA IX CUMBRE DE LAS AMÉRICAS

PALABRAS DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA COOPERATIVA DE GUYANA, MOHAMED IRFAAN ALI

Señor presidente, excelencias, señoras y señores:

Al abordar el tema de la conferencia, “Construyendo un futuro sostenible, resiliente y equitativo”, debemos examinar los importantes pilares para alcanzar estos nobles objetivos, así como asuntos relacionados con la democracia, la gobernabilidad, la equidad, la justicia, las relaciones raciales, la seguridad y la colaboración. Con ese fin, debemos hacer un análisis realista de la situación actual en las Américas. En lo que respecta a la sostenibilidad, la resiliencia y la equidad, quisiera hacer un análisis de los siguientes indicadores:

Seguridad alimentaria

En 2019, el 7,4% de la población de América Latina y el Caribe —47,7 millones de personas— sufría hambre. Esta situación sigue empeorando. Se estima que, para 2030, 67 millones de personas de la región padecerán hambre, cifra que no incluye las repercusiones de la COVID-19. En 2019, casi un tercio de la población —191 millones de personas— se encontraba en una situación de inseguridad alimentaria moderada o grave, en una región donde, en el extremo superior de la escala, hay países que se considera que tienen seguridad alimentaria.

En cuanto al cambio climático, se prevé que los fenómenos meteorológicos extremos y los cambios en los patrones climáticos causarán pérdidas de cientos de miles de millones de dólares al año para la región. Entre 2015 y 2019, el intervalo entre la siembra y la cosecha de soja se acortó el 4,7% en Centroamérica, el 3,1% en el noroeste de Sudamérica y el 2,7% en el sudeste de Sudamérica, en tanto que el período de crecimiento del maíz durante esos mismos años se acortó el 5% en Centroamérica y el 5,2% en el sudoeste de Sudamérica. Estos cambios seguirán perturbando los ciclos y los rendimientos. En Centroamérica, el número de fenómenos meteorológicos extremos ha aumentado el 3% al año en los últimos 20 años.

La Amazonia, el reservorio de biodiversidad y carbono más grande del mundo, es sumamente vulnerable a las sequías. La exposición a sequías aumentó del 8% en el bienio 2004-2005 al 16% en el período de 2015 a 2018. Eso condujo a una mayor mortalidad de árboles y a una disminución de la productividad de los bosques.

En América del Norte, en los últimos decenios y, según las proyecciones, entre 2021 y 2050, la temperatura promedio aumentará alrededor de 2,5 grados Celsius en Estados Unidos. Las inundaciones, las sequías, los incendios forestales y los huracanes se intensificarán a raíz del cambio

climático y se prevé que representarán un costo de alrededor de US\$2 billones al año para el presupuesto federal de Estados Unidos, con una pérdida de ingresos del 7,1% al año.

En 2020, 59,7 millones de personas padecían hambre, cifra que representa un aumento de 13,8 millones en comparación con 2019. El número de personas con hambre ha aumentado casi el 79% entre 2014 y 2020. En América del Norte, más de 38 millones de estadounidenses, entre ellos 11,7 millones de niños, enfrentan inseguridad alimentaria. En América Latina y el Caribe, más de 100 millones de personas no tienen acceso a saneamiento. Solo el 65% de la población tiene acceso a servicios de agua administrados de manera segura.

Alrededor de 51,2% de los niños y adolescentes de las ciudades latinoamericanas se ven afectados por alguna forma de privación de vivienda. De los niños de 3 y 4 años que viven en hogares con privaciones, 51% no reciben una educación formal. El PIB per cápita de América Latina y el Caribe ha bajado el 17,14% desde 2019. La encuesta más reciente indica que el sector de más bajos ingresos, que abarca el 20% de los hogares, recibe en promedio el 5% del total de los ingresos, mientras que el quintil más rico capta entre el 35% y el 50%.

La desigualdad ha aumentado el 2% en promedio desde 2019, el doble del incremento anual que caracterizó la década de desigualdades crecientes de los años noventa. El 30% de la población de la región vive por debajo del umbral de pobreza, una de cada cinco personas vive en barrios pobres y 60% de los latinoamericanos están empleados en el sector informal.

Las inversiones públicas representaron solo el 1,6% del PIB de la región en 2017. En la actualidad, la región enfrenta más amenazas para la democracia que en cualquier otro momento de su historia. Eso se observa en la última edición del índice de democracia de la Unidad de Inteligencia de “El Economista”, y no podemos separar la democracia y el Estado de derecho de la sostenibilidad y la prosperidad. En este contexto, quisiera agradecer públicamente a la OEA el papel que ha desempeñado en la defensa de la democracia en mi propio país. Solo con nuestra voz y nuestra acción colectivas lograremos que la prosperidad que buscamos se fundamente en la gobernabilidad democrática, la democracia y el Estado de derecho.

El 10% de la población de mayores ingresos de la región genera el 21,1% de la huella energética y de carbono, y su huella per cápita en ambos rubros fue 12,2 y 7,5 veces mayor, respectivamente, que la del 10% de la población de menores ingresos de América Latina y el Caribe. Las inversiones en fuentes de energía renovable en toda la región aumentaron el 65% en 2017, a 7.200 millones, 3% más que el promedio mundial.

Los datos muestran que, en América del Norte, el 35% de la energía se genera a partir de petróleo, el 10% a partir de carbón y el 34% a partir de gas natural. Las reservas comprobadas de petróleo crudo disminuyeron en 9.000 millones de barriles en 2020 (19%), en tanto que las reservas comprobadas de gas natural disminuyeron en 22 billones de pies cúbicos (4%). Esta disminución encierra una oportunidad: Trinidad y Tobago tiene reservas comprobadas de gas natural que ascienden a 10 billones de pies cúbicos y un potencial estimado de 23 billones de pies cúbicos. Estas reservas deben formar parte de la ecuación en la búsqueda de una solución para este problema.

La pandemia de COVID-19 desplazó a 4,7 millones de la clase media. En el 65% de los hogares del 20% de la población con los ingresos más bajos, por lo menos un integrante de la familia ha perdido

el empleo. En el 20% de la población con los ingresos más altos, la pérdida de empleos afectó a alrededor del 22% de los hogares.

Las disparidades en la educación reflejan las disparidades en los ingresos entre ricos y pobres en América Latina, que presenta uno de los niveles de desigualdad más elevados del mundo. De los niños de América Latina y el Caribe, 51% no sabían leer ni entendían un texto sencillo a los 10 años de edad. El promedio mundial es 48%. Los datos muestran que el aprendizaje a distancia fue especialmente difícil para los niños que viven en la mayoría de las zonas desfavorecidas. Para marzo de 2021, alrededor de 121 millones de niños de la región en edad escolar habían perdido o corrían el riesgo de perder un año escolar entero de educación presencial. Esta es la realidad. Esta es la realidad en que vivimos hoy en la región.

En América Latina y el Caribe, solo 77% de los estudiantes de 15 años tienen acceso a internet. La conectividad es incluso peor entre los estudiantes de bajos ingresos (45%). En América del Norte, la tasa de penetración de internet asciende al 92% de la población.

Estas estadísticas y cifras provienen de diversos informes del Banco Mundial, el FMI, el BID, la Unidad de Inteligencia de “El Economista”, el informe del OIE sobre las inversiones mundiales en energía e informes de la Casa Blanca, el Departamento de Agricultura de Estados Unidos y la CEPAL. Vivimos con esos desafíos en una región con potencial para alcanzar la plena seguridad energética y llevar prosperidad a todos los hogares; con acceso a recursos naturales, abundantes tierras y recursos hídricos para lograr la seguridad alimentaria; con suficientes selvas y tecnología para efectuar una contribución significativa al cambio climático; con suficiente acceso a financiamiento para superar la desigualdad y apoyar el desarrollo sostenible para todos. La cuestión es por qué no lo hemos logrado.

¿Por qué no lo hemos logrado? Las razones son sistémicas, y debemos tener una conversación franca para resolver estos problemas sistémicos, no una conversación política e ideológica, sino basada en los hechos, encaminada a elevar a los habitantes de esta región a una posición de prosperidad. En este contexto, quedé complacido al participar ayer en una reunión con el presidente Biden y la vicepresidenta Harris, y estamos convencidos de que los líderes están listos para entablar esta conversación franca, basada en los hechos, y nos sentimos alentados por la acción inmediata —como habría dicho mi amigo, el presidente de la República Dominicana— para establecer comisiones conjuntas a fin de examinar los importantes asuntos de la seguridad alimentaria, el cambio climático, la seguridad energética y el financiamiento.

Esto debería extenderse a las Américas en la búsqueda de soluciones con un horizonte temporal claro. Digamos a los pueblos de esta región que, como dirigentes políticos, estamos dispuestos a comprometernos a llevar a cabo iniciativas con plazos concretos para llevarles la prosperidad de la que todos hablamos. Como región, necesitamos tener estas conversaciones difíciles a fin de tomar las mejores decisiones posibles para los pueblos de esta región.

En mi propio país, nos hemos visto afectados por todos estos problemas, y la democracia se ha visto amenazada. Con una inundación perdimos el 59% del PIB, pero aun así seguimos siendo uno de los mejores con el manejo de los bosques. Nuestra tasa de deforestación es del 0,05%, una de las más bajas del mundo. Tenemos un bosque permanente del tamaño de Inglaterra, que almacena 19,5 gigatoneladas de carbono. Tenemos reservas comprobadas de petróleo que representan 11.000 millones de barriles, y estamos haciendo un estudio de las reservas de gas natural.

Sin embargo, con una economía que se proyecta que se duplicará en tamaño en el plazo de dos años, con la economía de más rápido crecimiento, entendemos que no estamos solos en este mundo y en esta región, y no podremos lograr solos la prosperidad que buscamos. Pertenecemos a la familia de la humanidad, y estamos dispuestos a contribuir nuestra parte a esa familia. No podemos ser imprudentes, no seremos irresponsables en la administración de estos recursos, sino que debemos actuar para bien del mundo y de esta región. Con esto, sumado al potencial de Suriname y Trinidad y Tobago y a las posibilidades de inversiones y exploración para extraer gas en Barbados, podremos lograr la seguridad energética de esta región.

Reunámonos para tener una conversación que defina un trayecto hacia la seguridad energética de esta región. Tenemos el potencial, y debemos usar todas las herramientas y los recursos que tengamos a nuestro alcance para realizar ese potencial. Podremos hacerlo si asumimos el compromiso.

Antes de concluir, quería señalar que, en esta conferencia, debemos definir también un trayecto hacia la integración de la infraestructura, la población y la economía. Es importante que tengamos una conversación sobre la forma en que vamos a integrar nuestros pueblos, nuestra economía y nuestra infraestructura.

En Guyana, en los últimos tres años hemos recibido a migrantes de Venezuela, que representan el 5% de nuestra población. Estamos tomando en serio la responsabilidad de formar parte de la familia de la humanidad. Los pueblos del hemisferio esperan que de esta conferencia surjan soluciones y una agenda orientada a la acción para abordar todos estos asuntos a fin de que podamos darles un futuro mejor, una participación equitativa en un entorno social, político y económico sostenible. Concluyo con algunas preguntas.

¿Podemos lograr la sostenibilidad sin democracia? ¿Podemos alcanzar la prosperidad con una desigualdad creciente? ¿Podemos alcanzar la resiliencia con negligencia? ¿Podemos lograr la seguridad climática sin seguridad económica y de ingresos? ¿Podemos alcanzar la seguridad energética sin explorar nuestros recursos naturales? ¿Podemos establecer y mantener este hemisferio como zona de paz sin diálogo y conversaciones?

Si la respuesta a estas preguntas es un “no” consciente, eso significa que tenemos un sistema que no funciona y que debemos arreglarlo. Pido a mis colegas que asumamos la responsabilidad colectiva de reparar el sistema, la responsabilidad colectiva dondequiera que estemos en el hemisferio, incluso en Cuba, Nicaragua y Venezuela. Asumamos en esta conferencia la responsabilidad colectiva de solucionar el problema y corregir el sistema para bien de los pueblos de este hemisferio.

Sigamos adelante para unir a las Américas y fortalezcamos nuestra relación fundamentada en el respeto y la gobernabilidad, a fin de que, cuando nos encontremos otra vez, lo hagamos como un todo singular, con una fórmula ganadora y una cultura para todos.

Gracias, y que Dios los bendiga.